

Sin duda, Constable y Turner tienen influencia, y grande, sobre el impresionismo francés, y el viaje a Londres de Monet y Pissarro, en los años de juventud y de investigación, les hizo perder a éstos las escamas de la vista.

Después de sus años de estudio «Camilo Pissarro se constituyó en el pintor del campo y de la pradera. Suprimió el motivo de sus cuadros y encontró lo pintoresco; su pintoresco, el verdadero, el ruido particular de las hayas, las avenidas de árboles que se pierden en el horizonte».

Tenía Pissarro grandes cualidades y el estudio constante de su oficio lo aprovechó para hacer una obra pictórica verdadera.

Es un gran pintor del trabajo humano, del trabajo campestre. No solamente vivió en el campo toda su vida, sino que desde joven cultivó su jardín, y en este teatro del que alejó los bastidores hizo entrar el horizonte y gustaba de animar sus personajes y encontrar la síntesis real de los gestos campesinos de la recolección de manzanas o de la mujer rural. Los campesinos de Millet, tan hermosos, son algunas veces sentimentales; los de Pissarro son siempre vivientes y si los sigue en sus sueños, siempre es con una absoluta fidelidad.

Como a casi todos los artistas la hora de gloria le llegó tardíamente y después de no pocos años de oscuridad y de pobreza. Al respecto, Gustavo Kahn termina su artículo con palabras que el tiempo dirá si han sido proféticas.

La exposición del centenario revelará su obra, a los que no la conocen entera todavía. Se seguirá paso

a paso su evolución. Se sentirá estupefacción cuando se admiren las maravillosas naturalezas muertas pintadas en 1866 o 67, que los aficionados ya conocen, de que esta pintura no sólo no haya sido reconocida como tal inmediatamente, sino que haya sido despreciada. Mientras la pintura de los oficialistas, académicos, que cerraban a los impresionistas la entrada al Salón, se llena de polvo, relegada a los más alejados museos provincianos, el arte impresionista ha invadido los grandes museos de las capitales y todas las más hermosas galerías. Es la revancha del arte contra la falsa ciencia. Es la de Camilo Pissarro, como es la de Manet, Monet, Renoir, Degas, Raffaelli, Gauguin, como también es la de su joven amigo Georges Seurat.

Como se ve Gustavo Kahn, simbolista en literatura, canta el triunfo de los impresionistas, que vienen a ser los simbolistas de la pintura.

* * *

SOBRE FRITZ VON UNRUH.

El número correspondiente a la segunda quincena de Mayo de la *Revue d'Allemagne* está dedicado al fuerte poeta y escritor alemán Fritz von Unruh, cuya obra literaria goza en su patria y en el mundo entero de un prestigio justo y merecido. Destaca entre los artículos de homenaje un estudio sobre von Unruh poeta, de Adolfo Dreyer, del que extractamos los párrafos siguientes:

En la poesía de nuestra época en la historia de la literatura alemana, Fritz Von Unruh ocupa un lugar aparte; es un poeta filósofo, un profeta que une a la lógica, a la novedad y a la profundidad de la moral que

enseña, facultades creadoras geniales, una potencia verbal y unas dotes artísticas tan extensas y personales, que muy pocos poetas de nuestro tiempo han poseído parecidas.

Unruh ha conocido la realidad; ha luchado con las fuerzas del mundo que se enfrentan con el hombre, porque él necesitaba ser libre y sincero, porque su conciencia exigía que él procediera así. Y ha llegado como Lutero a la obligación de que ningún hombre se desliga: a la verdad, y ha llegado por el camino de la duda y el error a la verdad suprema, que es la suya propia, la de la personalidad misma.

Tanto por su aparición en la literatura, como por su moral, por el rigor de sus ideas, por la intensidad de su fuego poético y por el acontecimiento que representa en la literatura, Fritz Von Unruh es no solamente único en su época, sino plenamente moderno en el sentido filosófico de la palabra.

Unruh nos anuncia la era de la nueva *élite*; repudia la masa esclava que junta sus aclamaciones a las órdenes brutales de un César y quiere que cada hombre busque en sí mismo el fundamento del jefe. Al lado de este miedo a la autoridad de que se encuentran poseídas las épocas en decadencia, él pone la responsabilidad que debe asumir delante de sí misma una nueva civilización intelectual. Ve muy bien que la democracia debe justamente dar nacimiento a una aristocracia nueva: una aristocracia social del espíritu. Este sentimiento tan elevado de su propia responsabilidad explica la noble reserva de Unruh como hombre y como artista: muy despaciosamente lanza cada una de sus obras a la opinión, en tanto que guarda para sí gran número de obras terminadas.

El «devenir» del hombre nuevo, tal como Fritz Von Unruh nos lo presenta, y que debe tener su realización por el descubrimiento del ser, en *Dietrich*, no comierza solamente con las terribles crisis nacidas después de la guerra. Sus *Oficiales*

(1911) representan ya el fundamento sobre el cual Unruh seguirá construyendo; por esta razón considero ilógico borrar este drama de la obra del poeta, como se hace a menudo, o compararlo a Kleist, con el cual Unruh no tiene nada de común, excepto en el caso que nos ocupa, las semejanzas del objeto de la obra, fortuitas y limitadas a pequeños detalles.

La moral del deber está en el núcleo de todas sus obras. En *Oficiales* aparece algo limitada. De la noción egocéntrica del deber a que lo ata su profesión, Ernst von Schlichting, la figura principal del drama, pasa, se eleva a la conciencia de una responsabilidad extendida a un grupo de sus camaradas. Para «Luis Fernando» se trata de salvaguardar la conciencia nacional. Además de una noción de deber frente al Estado, donde se manifiesta un ferviente nacionalismo, trata de una noción de deber sagrado frente a los demás hombres, concebido según el aforismo de Goethe: «No conozco comunidad más unida que la humanidad entera.»

En *Geschlecht* Unruh somete el caos de la guerra a una interpretación caótica también, pero que revela una forma poética muy castigada. Es raro que un poeta se haya mostrado a la altura de un suceso de resonancia mundial como la guerra, como Unruh lo ha hecho en *Geschlecht*. El caos está evocado aquí con una intensidad tan directa y real, que la visión se aleja de toda idea de tiempo.

En *Platz* Unruh acomete la creación de una nueva realidad. No es posible elevarse a una moral nueva, sino se comienza por crear una unión penetrada de espiritualidad, en lugar del matrimonio, esta forma de esclavitud que rebaja a la mujer al nivel de la doncella. Es preciso dirigir hacia una armonía espiritual al hombre y a la mujer, estos polos sobre los que reposa el caos: embriaguez de los sentidos y frialdad de los sentimientos,

Las revistas

Asignando claramente a la mujer una misión, Unruh desprende una consecuencia lógica de su visión del hombre en marcha hacia una humanidad pura. El orden nuevo en el dominio de la paz como en el de la moral, no puede nacer sino del amor del hombre y la mujer, dos términos de una misma unidad. La mujer que Unruh nos muestra en su obra es a la vez cuerpo y alma: está encargada de una misión intelectual, pero encarna también la belleza carnal y representa un tipo humano feliz de vivir y consciente de ser en el presente. Ella descubre una armonía del espíritu y de las fuerzas vitales. La mujer lleva al hombre la belleza, el sentido de lo divino en la vida, y le enseña a combatir por la verdad, por el espíritu. Unruh quiere arrancar al hombre de su enyugamiento a la gleba, de su sumisión a los Césares; debe ser un jefe lleno del sentimiento de sus propias fuerzas y consagrado al servicio del espíritu, una personalidad cósmica y no un esclavo perdido en la multitud. Unruh nos quiere enseñar a llegar a ser verdaderos hombres, en los que la vida y los actos sean santificados en Dios. El hombre debe apartarse de la vida animal y elevarse al plano de su responsabilidad humana, no huyendo de la vida sino tornándose maestro de ella. Unruh quiere hacer nacer *una aristocracia social del espíritu* que renuncie a todo ascetismo antinatural y que consagre la vida: una vida que no sea empujada por el instinto animal, que recaliente la sangre de una humanidad libre y fuerte. Tal es en su forma activa el pensamiento de Fritz von Unruh: nace de un sentimiento nuevo de la realidad y de la vida, y del miedo que siente el poeta frente a un conflicto en que están empeñados nuestros verdaderos valores espirituales; quiere, por la unión del hombre y la divinidad creadora, revelar a todos el nuevo imperio y con él, al hombre nuevo. La guerra y el amor no son para Unruh sino motivos, materiales arrancados a la realidad, para la

construcción del templo donde encierra su revelación: el hombre nuevo y el nuevo imperio—Dietrich e Irene—, la Humanidad y el Cosmos. De la realidad misma de la vida Unruh arranca para nosotros, una *profecía del hombre nuevo*; elabora una moral de acción, donde Logos y Eros unidos engendran un valor nuevo: *una humanidad plena de fortaleza y henchida de amor*. Tal es la pura e inviolable misión moral que asume en la literatura Fritz von Unruh, hombre, poeta y profeta.

* * *

PINTURA ALEMANA DE HOY.

En el mismo número de la *Revue d'Allemagne*, Eugenio Susini, conocido crítico de pintura, pasa una interesante revista a la pintura moderna, tomando como base para ella las últimas exposiciones de París y Berlín. Son los pintores de última hornada. Y después de revisar someramente las obras expuestas de Charlotte Berend, que no tiene nada de la virtuosidad pictórica de su difunto marido Corinth de Kandisky, «que no ha encontrado su propio camino, influenciado por Klee»; de Kleinschmidt, cuyas telas expuestas no admira porque revelan la «limitación del colorido, uno solo: plata blanquecino»; de Krauskoopf, «nombre conocido e interesante»; de Per Krogh, «lleno de un encanto un poco decadente, de una finura y una fantasía exquisitas no desprovistas de poesía», afirma que «si tuviera un premio que asignar lo daría a Schlichter, que expone dos telas de